



FORMACIÓN PERMANENTE

M *Redentoristas*

Provincia de Santiago de Chile

BOLETÍN N° 19 (01.04.2013)

Presentación

Estamos comenzando un nuevo año pastoral, que como todos sabemos, comienza efectivamente una vez concluida la celebración de la Semana Santa.

El tiempo litúrgico de la Pascua es un tiempo privilegiado para reflexionar en torno a la alegría y el gozo que el cristiano debe introducir en el mundo; para ello necesita en primer lugar inundarse a sí mismo de la alegría pascual y vivirla concretamente.

En el día Sábado Santo pasado, fue predicado un retiro a los laicos en nuestra Parroquia de N. S. del Perpetuo Socorro de Valparaíso, precisamente sobre el tema de la alegría pascual en nuestras vidas.

Ofrecemos el texto de dichas reflexiones, que pueden ser de mucha utilidad para la reflexión personal, comunitaria, y también para compartir con los laicos de nuestras comunidades.

Esperamos que les sea provechoso y les deseamos a todos ¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!



ITINERARIO PARA LA ALEGRÍA PASCUAL

1. LA ALEGRÍA DEL CRISTIANO

Jn 15, 11: *“Les hablo así para que se alegren conmigo y vuestra alegría sea completa”*

Jn 16, 20 – 22 : *“Les aseguro que ustedes llorarán y estarán tristes, mientras que la gente del mundo se alegrará. Sin embargo, aunque ustedes estén tristes, su tristeza se convertirá en alegría. Cuando una mujer va a dar a luz, se aflige porque le ha llegado la hora; pero después que nace la criatura, se olvida del dolor a causa de la alegría de que haya nacido un ser humano en el mundo. Así también, ustedes se afligen ahora; pero yo volveré a verlos, y entonces su corazón se llenará de alegría, una alegría que nadie les podrá quitar”*

La religión cristiana es una religión de alegría y gozo. El Evangelio es una Buena Nueva y, a pesar de nuestro aspecto que a veces es más bien fúnebre, nosotros somos los mensajeros del gozo, los Testigos de la Resurrección.

El gozo y la alegría en el cristiano debe responder a una orden de Cristo: *“...pidan y recibirán, para que vuestra alegría sea completa”* (Jn 16, 24)

Es este gozo el que nos deberá distinguir del mundo y el que será nuestro método de apostolado. Sí; Cristo nos ha hecho depositarios de su gozo. ¿Qué hemos hecho nosotros con ese gozo?

Es extraño y curioso, la mayor parte de los cristianos estamos mejor preparados para afligirnos con Cristo que para alegrarnos con El.

Todos comprenden la Cuaresma y participan en ella. Cuando comienza esa cuarentena de días que consagramos a la penitencia, a la compasión y a la mortificación, toda la cristiandad se siente conmovida.



Pues bien, comparemos esa sensibilidad con la que solemos tener en la segunda Cuaresma. Porque hay dos "cuaresmas" en la vida litúrgica, y es extraño y curioso que casi todos los cristianos lo ignoremos. A partir del día de Pascua empieza una segunda "Cuaresma" (Cuaresma quiere decir cuarenta días). Es verdad que hay cuarenta días de penitencia (es una Cuaresma que hemos instituido los cristianos, acudiendo al simbolismo de los cuarenta años de sufrimiento en que el Pueblo de Israel peregrinó por el desierto y a los cuarenta días de ayuno a que se sometió Jesús en el desierto antes de comenzar su ministerio público, ya que el verdadero tiempo antes de la Pasión no duró más que algunos días, desde el domingo de Ramos hasta la celebración de la Última Cena). Pero a continuación vienen otros cuarenta días hasta la ascensión (cincuenta, si queremos llegar hasta Pentecostés), para que intentemos despertar al gozo. Y esta última "Cuaresma" sí que es totalmente de institución divina. Pero pocos nos fijamos en ella.

En el Calvario aún había algunos fieles: un grupo de mujeres, entre ellas María, la madre del Señor, y un hombre, Juan. Pero en la Resurrección no había nadie. Después de la muerte en la Cruz y la sepultura de Jesús, todos estaban desanimados, nadie esperó algo más porque todos estaban desesperados, con una sola excepción: María.

Jesús tuvo que ir convirtiéndolos a todos, uno a uno, a la realidad del gozo y la alegría de su resurrección.

Seguramente hemos hecho muchas veces el Vía Crucis, el camino de la Cruz (como lo hicimos ayer viernes por la tarde). Está bien; nos hará bien, y es aconsejable, es necesario (es una tradición redentorista instituida por San Alfonso en su Comunidad). Pero ¿hemos hecho alguna vez el camino del gozo y la alegría de la Resurrección?

Es verdad que este camino no figura entre nuestras devociones. Pero la Iglesia, después de Pascua, nos invita a tomar parte en las "estaciones de



gozo", que deberían ser tan frecuentadas y meditadas como las estaciones del Vía Crucis.

Vamos a hacerlas ahora todos juntos, peregrinando por ese camino del gozo, estacionándonos detenidamente en algunas de esas estaciones, meditando algunos de los pasajes de las apariciones de Cristo resucitado, volviendo de nuevo a realizar con El esas experiencias con las que El intentó, tiernamente, pacientemente, afectuosamente, convencer de su resurrección, a aquellos a quienes se apareció para, cambiar todas sus tristezas en alegrías.

Es lo que estamos necesitando todos, cambiar nuestras tristezas en alegrías, porque con demasiada frecuencia, a partir de Pascua, nuestra vida religiosa se toma unas vacaciones, unas vacaciones de Pascua. ¡Cristo ha resucitado!... ¡Estupendo!... ¡Ya descansó! Y cuarenta días después, con su Ascensión, se ha retirado a los cielos. Y desde entonces, nosotros nos desinteresamos por su gozo y alegría junto al Padre Dios ("puesto a la derecha de Dios" decimos en el Credo). Sin embargo, resulta algo duro y egoísta consentir en afligirse por un amigo mientras lo está pasando mal, y no querer gozar con él cuando está disfrutando. Normalmente entre nosotros acontece lo contrario, es decir, cuando el amigo la pasa bien estamos con él y junto a él, en cambio cuando las cosas van mal para el amigo, lo abandonamos. Pero con el Señor invertimos las cosas. Abandonarlo precisamente en el momento en que podemos ofrecerle el mejor testimonio de amistad y proporcionarle la mayor alegría: asociarnos a su gozo.

¿Delante de qué imagen de Dios solemos rezar? ¿Quién es el que reza delante de una imagen de Cristo resucitado? Todos tenemos en nuestra casa un crucifijo. Y para muchos significa lo mismo un Cristo que un crucifijo. ¿Quién es el que ha escogido para iluminar su hogar una imagen de la resurrección de Cristo? Si no conocemos más que la Cruz, es que no hemos llegado a la Pascua, que no hemos dado el "paso" entre la muerte y la vida. Nuestra religión está incompleta. Es una religión del sufrimiento, del repliegue sobre nosotros mismos, de la tristeza. Pero no es la religión de



Cristo, porque no es la religión de la Resurrección, de nuestra apertura a Dios y a los demás, la religión de la alegría.

2. LA APARICIÓN DE JESÚS A LA MAGDALENA (Jn 20, 1 – 18 ; Mt 28, 1 – 10 ; Mc 16, 1 – 11; Lc 24, 1 – 12)

En las apariciones de Jesús resucitado se trata del gozo de Dios por dárse nos a conocer, pero nada hay para nosotros más extraño, más desconcertante y más engañoso que las manifestaciones de Dios. ¡No le resulta fácil a Dios aparecerse a los hombres! Siempre lo tomamos por alguien distinto de lo que es. Resucita, se aparece a los que lo han amado más, pero ninguno de ellos lo reconoce. María Magdalena creará que se trata de un jardinero, los discípulos de Emaús tenían sus ojos tan cerrados que no lo reconocieron, y los apóstoles, después de la pesca milagrosa, al ver a un extraño de pie en la orilla, no se atrevían a preguntarle: ¿Quién eres tú?

La primera "estación" de gozo es la de María Magdalena; la de su maravillosa desesperación: "*¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto!*" (Jn 20, 2). "*...si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto, para que vaya yo a buscarlo*" (Jn 20, 15)

He aquí lo primero que había comprendido sobre la resurrección, como nosotros cuando muere una persona amada: que ya no podría siquiera tocar su cuerpo, palpar su cuerpo, besar su cuerpo. Aquel cuerpo por el que ella había sido convertida y purificada, al que ella tenía necesidad de ver, de lavar una vez más con sus lágrimas, de ungir con sus perfumes.

"*María se quedó afuera, junto al sepulcro, llorando*" (Jn 20, 11). Está llorando, sola; lo ha perdido todo; ha perdido al ser que más amaba, porque la había amado tiernamente. Soledad del ser humano, ausencia de Dios, presencia del sufrimiento, nuestro fiel compañero. Aparece Cristo, el Señor, e intenta que superemos esta realidad tan humana pero que deshumaniza: "*Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?*" (Jn 20, 15). Jesús estaba presente en la tristeza de María Magdalena.



Es que Jesús nunca está lejos de los que sufren. Apenas hay uno que se lamente de su ausencia, está El allí. Apenas hay uno que se lamente de su soledad, allí se presenta El.

"Ella, pensando que era el que cuidaba el huerto, le dijo..." (Jn 20, 15) ¡Maravilla!: ve a Jesús y no lo reconoce. La vista, los sentidos no sirven ya para conocer a Jesús en su nuevo estado de cuerpo resucitado. Jesús habla, y ella sigue sin reconocerlo. ¿Qué velo es ése que existe entre El y nosotros? ¿Será quizás una ley inevitable el que cada vez que se muestra a nosotros, nosotros no sepamos que es Jesús? Si incluso María pudo mirarlo sin saber que era El, oírlo sin reconocerlo.

"Jesús le dijo: ¡María!" (Jn 20, 16). El la ha llamado con su propio nombre. Ella ha oído a Jesús pronunciar su nombre de una manera como sólo El podía pronunciarlo. Hasta entonces no había reconocido ni su rostro, ni su aspecto, ni su voz. Pero esta palabra le llega hasta el corazón. Esta palabra ya la había oído antes y la había tocado en lo más íntimo de su ser. Esta palabra ya en otra ocasión la había arrancado de sí misma, de sus placeres, y ahora la arrancó de su desconfianza.

Y ahora reconocía ya a Jesús. Sabe que "tiene que ser" El. Le gustaría precipitarse sobre El, tocarle, abrazar sus rodillas, dar seguridad a sus sentidos desorientados. Pero no es solamente a su tristeza a lo que tiene que renunciar, sino también a su antiguo gozo, a la manera con la que El había estado presente hasta entonces. *"No me retengas, porque todavía no he ido a reunirme con mi Padre"* (Jn 20, 17). Su comunicación con Cristo desde este momento tendrá que ser completamente espiritual.

¡Cuánto tuvo que sufrir ella, al principio, al renunciar a esta relación tan natural, tan humana y tan dulce, que tenía con el Señor! ¡Tuvo que ir aceptándolo poco a poco!

El Señor le enseñó al mismo tiempo una manera especial de comulgar, de recibirlo a Él. Le dijo: *"...ve y di a mis hermanos"* (Jn 20, 17). La envía al encuentro de los demás. Es como haberle dicho vete a comunicar, a



comulgar a los demás; vete a llevarles tu gozo; vete a llevarles lo que tú has recibido; vete a encontrarme bajo una forma en la que yo no te faltaré jamás: mis hermanos, el mundo de los míos. *“Entonces María Magdalena fue y contó a los discípulos que había visto al Señor, y también les contó lo que él le había dicho”* (Jn 20, 18)

¡Es curioso que María Magdalena sea la patrona de los místicos-contemplativos; ella que recibió una orden perentoria de su Señor: “Anda, vete adonde están mis hermanos”!

Como ella, también nosotros tenemos que aprender a reconocerlo en la calma, en medio de una larga meditación, en una adoración fervorosa, en su palabra iluminadora. Pero apenas lo hayamos reconocido, apenas empezemos a sentirnos tan a gusto a su lado que ya no deseáramos otra cosa más que estar junto a El, entonces nos dirá que nos marchemos y que vayamos a los hermanos.

Cuando celebramos la Misa, cuando participamos de un retiro o de alguna jornada, cuando tenemos un encuentro de oración, sabremos si todo ello ha sido provechoso cuando estemos con ganas de quedarnos y permanecer más tiempo; estaremos en condiciones de partir cuando tengamos ganas de quedarnos y continuar.

Notemos cómo la oración de la Magdalena, como todas las demás oraciones, son escuchadas por Dios de una manera totalmente distinta de como nosotros creemos: *“Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto...dígame dónde lo ha puesto, para que yo vaya a buscarlo”* (Jn 20, 2. 15). Esa fue la fervorosa oración de esta mujer. Y el Señor escuchó su oración, la atendió gustosa y generosamente y le respondió: *“Ve y di a mis hermanos”* (Jn 20, 17)

Es que ¡Él está en los demás! Y la tendencia nuestra es a buscarlo donde Él difícilmente está o no está de manera preferente; no lo buscamos donde Él



dijo que ciertamente estaría: *“Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18, 20); *“...tuve hambre...tuve sed...anduve como forastero...estuve sin ropa...estuve enfermo...estuve en la cárcel...”* (Mt 25, 35 – 36)

3. APARICIÓN A LOS PEREGRINOS DE EMAÚS (Mc 16, 12 – 13 ; Lc 24, 13 – 35)

¡Segunda estación de gozo! ¿Estamos dispuestos? ¿Queremos estacionarnos aquí, permanecer tranquilos, posar bien nuestros pies, hasta que la palabra de Dios nos haya hecho morir y vivir, hasta que El nos haya despertado a su gozo?

(Lc 24, 13 – 16): *“Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban hablando de todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos. Pero aunque lo veían, algo les impedía darse cuenta de quién era”.*

¿Somos nosotros? ¿Nos hemos reconocido? ¿Sabemos quiénes son esos que caminan en la soledad, rumiando sus ilusiones perdidas? ¿Conocemos al que marcha a nuestro lado, sin darse a conocer? ¿Conocemos a ese que está tan cerca de nosotros en el momento mismo en que deploramos su ausencia?

Jesús les dijo: *“¿De qué van hablando ustedes por el camino? Se detuvieron tristes...”* (Lc 24, 17)

Los discípulos de Emaús eran dos personas que se imaginaban que creían, que se imaginaban que esperaban, pero que al primer traspie se han desanimado, se han hundido en tierra y que, como muchos de nosotros, empezaron a caminar desde entonces en la soledad.

Pero notemos la diferencia: ellos están tristes porque lo creen muerto; ¡nosotros en general somos tristes a pesar de que lo creemos vivo! Lo cual



parece insinuar que nuestra fe en la Resurrección de Cristo, en su Ascensión, en su entronización a la derecha del Padre, equivale prácticamente a creerlo muerto.

Como los discípulos de Emaús, también nosotros deberíamos experimentar un encuentro con Jesús, que ha muerto, y que *"...algunas de las mujeres que están con nosotros...cuentan que unos ángeles se les han aparecido y les han dicho que Jesús vive"* (Lc 24, 22 – 23)

"...y uno de ellos que se llamaba Cleofás, contestó:¿eres tú el único que ha estado alojado en Jerusalén y que no sabe lo que ha pasado allí en estos días?" (Lc 24, 18)

Impaciencia del hombre que encuentra tan evidente y tan natural su tristeza, que no necesita explicaciones. Todos nosotros estamos bien preparados para presentar nuestra lista de quejas, para enumerar buenas razones para estar mal.

Pero el cristiano debe ser la persona de la acción de gracias. Lo que tiene que hacer es enumerar los motivos de su gratitud y de su reconocimiento. Cuando vamos a Misa, no es para quejarnos, para pedir gracias, ¡sino para darlas!

Esa es la gran equivocación de muchas misas dominicales. Si preguntásemos a cada asistente cuáles son sus quejas, sus lamentos, sus motivos de enfado, obtendríamos listas interminables. Pero, ¿enumeramos los motivos que tenemos para dar gracias? Sí, amigos míos, vuestras mujeres, vuestros maridos, vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros amigos, vuestra comunidad. Todo esto, todo, no es solamente un elemento que envenena de vez en cuando nuestra existencia; todo esto tiene que ser objeto de nuestra acción de gracias, ya que es lo único que justifica nuestra presencia en la celebración de la eucaristía.



El diálogo de Cristo oculto, con los discípulos de Emaús, parece repetirse muy a menudo en nuestras Misas: ¿por qué están tristes? ¿qué les acongoja? Y nosotros respondemos como ellos: "¡Tú eres el único... que ignora las cosas que pasan!".

Y entonces Jesús nos dirige una pregunta desconcertante: "¿Qué cosas?"

Pero sigamos el diálogo camino de Emaús. Dicen los discípulos: *"Aunque algunas de las mujeres que están con nosotros nos han asustado, pues fueron de madrugada al sepulcro, y como no encontraron el cuerpo, volvieron a casa. Y cuentan que unos ángeles se les han aparecido y les han dicho que Jesús vive. Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal como las mujeres habían dicho, pero a Jesús no lo vieron"* (Lc 24, 22 – 24)

Algunos estudiosos califican estos versículos como misóginos, es decir, fiel expresión del machismo imperante en aquella época.

En todo caso, le iban contando todas estas cosas al mismo Jesús, que iba junto a ellos irradiando una alegría sobrenatural. ¡Qué raro! Ver a Jesús físicamente presente, con su cuerpo resucitado, ¡y no reconocerlo! ¿Para qué se les aparecía si no lo iban a reconocer?

Pero aunque los ojos del cuerpo les permanecían cerrados, Jesús les va abriendo poco a poco los ojos del espíritu, les va haciendo surgir un ardor en el corazón que no saben de dónde viene. Jesús les reprendía pero con un reproche tan suave, que su ofuscación se derretía mansamente: *¡Qué faltos de comprensión son ustedes y qué lentos para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado?* (Lc 24, 25 – 26)

Y les va hablando. Les explica las Escrituras; y ellos que creían que se sabían aquellos textos aprendidos desde su infancia, comienzan a entenderlos poco



a poco como una revelación. La palabra de Dios se agiganta ante ellos, se hace viva, operante, acusadora, desenmascaradora.

¡También ellos hicieron su revisión de vida, a la luz de la Escritura! Empezaron a comprender todo lo que había pasado, todo lo que habían presenciado, en lo que habían participado sin entenderlo. Se dieron cuenta de cuán lentos habían sido para creer, cómo habían pasado a través de todas estas intervenciones de Dios en sus vidas sin haberlas visto, sin haberlas agradecido, absortos en sus mezquinos puntos de vista y en su propio miedo. ¡Dios había estado sin cesar a su lado, y ellos no lo habían sabido ver!

"Comenzando por Moisés... ", esto es, los libros de Moisés, o sea, el Pentateuco, "y recorriendo todos los profetas...", les fue recordando todas esas apariciones de Dios, todas esas manifestaciones de Dios de las que el hombre nunca se había sentido satisfecho, todas esas huellas de la ternura de Dios desconocido.

Poco a poco se les fue abriendo su espíritu y comprendieron que aquella presencia de Dios en el hombre, aquella presencia de Dios a través de toda la historia humana, había alcanzado su cumbre, el punto culminante de su manifestación, ante ellos, ante sus propios ojos, en el momento mismo en que ellos se consideraban los más perdidos y los más abandonados. Y entonces se despertaron, se animaron, se dejaron transformar por la palabra de Dios. Por eso la espontánea invitación: *"Quédate con nosotros, porque ya es tarde. Se está haciendo de noche... Cuando ya estaban sentados a la mesa, tomó en sus manos el pan, y habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús; pero él desapareció. Y se dijeron el uno al otro: ¿No es verdad que el corazón nos ardía en el pecho cuando nos venía hablando por el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24, 29 – 32)*

¿Qué interpretación damos de este texto? ¿Creemos que fue Jesús el que cambió?



Si así fuese, ellos no tenían por qué cambiar, podían haber seguido siendo hombres sin inteligencia y lentos para creer, puesto que sólo lo habrían reconocido por los sentidos. Si lo hubieran reconocido por la carne y la sangre, ellos pudieron haber seguido siendo extraños al reino de Dios. Pero ¡No!; ¡tuvo que pasar algo totalmente distinto!

Cuando se sentaron a la mesa con aquel huésped todavía desconocido, pero que tanto les había impresionado por hablar con tanta autoridad sobre las Escrituras, y por haberlos reprendido con aquella impaciencia tan afectuosa, se levanta entre ellos, lo mismo que cuando se levanta y reparte el pan con la autoridad del maestro y del padre. Entonces, una emoción demasiado fuerte hizo desbordar sus corazones estupefactos. Tuvieron de repente la impresión de que se desarrollaba ante sus ojos una escena ya vivida, que lo que entonces ocurría había pasado también hacía unos días. Intentaron desesperadamente evocar aquel momento. Y cuando finalmente se dieron cuenta, cuando lo miraron para reconocerlo con los ojos del cuerpo después de haberlo reconocido con el corazón, El se hizo invisible a sus ojos. Apenas pudieron nombrar y definir la emoción que habían sentido, la aparición se desvaneció, porque la aparición del resucitado no era más que el medio, el sacramento, el signo sensible de la presencia viva en sus almas.

¡Nunca le resulta fácil a Dios darse a conocer! ¿Cómo quisiéramos que Dios se manifestase?, ¿con rayos, truenos y huracanes? Si Dios se manifestase de esa manera, no suscitaría en el mundo más que dos sentimientos tan ordinarios que no es necesario que venga Dios a propagarlos más todavía: ¡el miedo o el interés!

Dios no quiere darse a conocer más que por su amor. Dios nos habla al corazón. Sólo los que le conocen de esta manera, lo conocen de verdad y lo respetan en lo que tiene de más íntimo y vital: su amor.

Al pie de la cruz, sus enemigos, y quizás si cuántos también de sus amigos, quieren tentarle: Baja de la cruz; ¡no te quedes ahí inerte, inmóvil, ineficaz!



¡Baja triunfante! ¡Baja glorioso! ¡Baja terrible! ¡Todos se pondrán entonces a creer en ti!

Le dijeron esto también durante su vida pública: “...sus hermanos le dijeron: *No te quedes aquí; vete a Judea, para que los seguidores que tiene allá también vean lo que haces. Pues cuando uno quiere ser conocido, no hace las cosas en secreto. Ya que haces cosas como estas, hazlas delante de todo el mundo. Y es que ni siquiera sus hermanos creían en él*” (Jn 7, 3 – 5). ¡Todos le querían dar consejos sobre la manera de manifestarse!

Y también nosotros, ¿no le estamos proponiendo continuamente mejores manifestaciones, apariciones más convincentes que las que El escogió?: ¡Cambia a mi marido!... ¡Cambia a mi esposa!... ¡Cambia a mis padres!... ¡Cambia a mis hijos!... ¡Cambia el ambiente de mi trabajo!... ¡Cambia a mis vecinos!... ¡Cambia a mis hermanos de comunidad!....

Y Cristo nos responde: "De esa manera, tú no me reconocerías nunca. ¿No sería mejor que cambiaras tú, para verme? Si tú quisieras escucharme a mí y cambiar, terminarías reconociéndome en tu hogar, en tu trabajo, en tus vecinos, en tus hermanos de comunidad. ¿Crees tú que soy yo el que tengo que cambiar, o tú?"

Los discípulos de Emaús se dejaron trabajar y transformar por El durante aquel retiro que les predicó a través de los kilómetros del camino.

Pero no creamos que Dios les concedió a ellos un favor mayor que a nosotros: ellos lo reconocieron en los dos sacramentos de los que también nosotros disponemos: la palabra viva y la fracción del pan: la Misa. Y también aquella aparición acabó con una despedida: *¡Ite, missa est!* Al minuto se levantaron y, marcharon al encuentro de los demás. Se precipitaron hacía los demás para comunicarles su gozo y su fe. Como María Magdalena, también ellos fueron lanzados de la mística al apostolado y a la vida fraterna. Pasaron de la cabeza a los miembros, del cuerpo eucarístico al cuerpo místico: “*Sin*



esperar más, se pusieron en camino y volvieron a Jerusalén, donde encontraron a los once apóstoles y a sus compañeros que les dijeron: De veras ha resucitado el Señor, y se le ha aparecido a Simón. Entonces ellos dos les contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo reconocieron a Jesús cuando partió el pan” (Lc 24, 33 – 35)

Cristo les había dejado un remedio para su tristeza, una alegría para su pobreza, un alimento para su hambre: ¡la celebración de la Misa!

4. LA PESCA MILAGROSA (Jn 21, 1 – 14)

¡Tercera estación de gozo! Estamos en la estación más bella, un relato de aire fresco, de brisa mañanera, de sol naciente sobre las olas del mar.

Los apóstoles intentan maquinalmente volver a su antiguo empleo. Pero ¡Es en vano! Ya no serán nunca más pescadores de la manera como lo eran hasta su encuentro con Cristo.

“Jesús les preguntó: Muchachos, ¿no tienen pescado?” (Jn 21, 5) (¿tienen por ahí algún pescado?). Nada resulta tan humano como Cristo resucitado. Todavía parece más natural que antes.

“¡¡Nada!!”, respondieron. ¡Una noche entera sin pescar nada! ¡Después de disponer de poderes espirituales, ser incapaces de pescar incluso un pez! ¡Es deprimente!

¿Y nosotros? ¡Una vida entera ...!

“Al bajar a tierra, encontraron un fuego encendido, con un pescado encima, y pan...Jesús les dijo: vengan a desayunar” (Jn 21, 9. 12)

Aparición de Cristo resucitado: ¡les ha preparado el desayuno! Imaginemos: los apóstoles habían trabajado toda la noche sin pescar nada; por la mañana, los pobres tenían que sentirse extenuados y hambrientos. Pues bien, Cristo ha sido tan humano, tan humilde y servicial que se puso a guisar para ellos.



La prueba que nosotros podemos dar a todos de que Cristo ha resucitado es ésta: demostrar que su amor vive en nosotros y nos inspira. Una buena comida preparada con mucho amor puede ser para el marido, para los hijos, una aparición de Cristo resucitado. ¡Atención, todos los que se ponen a cocinar! ¡Atención, todos los que realizan tareas que creen profanas, como lavar, limpiar, planchar, regar el jardín, sacar la basura, y que deberían estar santificadas por el amor!

Tenemos para con Dios el mismo respeto y amor que para con nuestros prójimos. Estamos tan cerca de Dios como de nuestros prójimos. Porque Dios está en nuestro prójimo, y es a El a quien le damos de comer y de beber, o a quien ignoramos y hasta condenamos a la no existencia.

Como siempre, esta aparición y este desayuno terminan con una misión: *¡Ite, missa est!*: “Terminado el desayuno, Jesús le preguntó a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Pedro le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Cuida mis ovejas. Después volvió a preguntarle: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le contestó: Sí, Señor, tu sabes que te quiero. Jesús le dijo: Cuida mis ovejas. Por tercera vez le preguntó: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro, triste porque le había preguntado por tercera vez si lo quería, le contestó: Señor, tú lo sabes todo: tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Cuida mis ovejas” (Jn 21, 15 – 17)

¡Vete donde están mis hermanos! ¡Empieza a ser otro yo! Yo quiero ser en ti más amante que amado: Yo no he venido a ser servido, sino a servir. Por eso déjame penetrar en ti, unirme a ti, para que pueda hacer en ti lo que ambiciono y que es lo único que sé hacer: amar a los demás.

¡Empieza a ser otro yo: ama y sirve! Pedro recibe así sobre sus hombros la responsabilidad de la Iglesia; Pedro queda vestido como servidor de los miembros de Cristo. ¡Siervo de los siervos de Dios! Tendrá que ser siempre el primero en reconocerlo en el más pequeño de los suyos.



Y todo termina con la profecía del destino de Pedro, que es la profecía de la vocación de cada uno de nosotros: *“Te aseguro que cuando eras más joven, te vestías para ir a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás los brazos y otro te vestirá, y te llevará a donde no querías ir. Al decir esto, Jesús estaba dando a entender de qué manera Pedro iba a morir y a glorificar con su muerte a Dios”* (Jn 21, 18 – 19)

Mientras era joven, Pedro hacía su voluntad; ...¿Qué edad tienes tú? ¿La de hacer su voluntad o la de hacer la de otro? ¿Vas adonde te place? ¿haces lo que quieres? Entonces es que eres todavía demasiado “joven” en Cristo... Cuando tú seas adulto en Cristo, será otro, serán otros muchos los que te tomarán de la mano y te conducirán adonde no quieras ir, adonde tú nunca hubieras tenido el coraje de ir, pero en donde tú te sentirás orgulloso y contento de haber ido.

5. SANTO TOMÁS (Jn 20, 24 – 29)

¡La cuarta estación de gozo es la de santo Tomás!

Es la estación que la Iglesia reserva para el domingo *in albis*, para aquellos que quizás todavía no están convencidos. Es la última oportunidad que tenemos para convertirnos al gozo, para convencernos de la Resurrección. ¡Es que estamos tan bien reflejados en su persona!: Tomás, el resistente, el dudoso, el pesimista, el que estuvo tanto tiempo gruñendo que a él no se le tomaba el pelo, que no se dejaría convencer tan fácilmente, que él no creería sin más ni más. ¡Hay gente de cabeza dura! ¡Tomás es duro para creer! El resistió más que los demás, él se mantuvo hasta el fin en la última trinchera de los realistas, de los pesimistas, de los que desconfían cuando las cosas parecen ir demasiado bien.

Tomás es un auténtico hombre moderno, un existencialista que no cree más que en lo que toca, un hombre que vive sin ilusiones, un pesimista.

Cuando la resurrección de Lázaro, le dicen a Jesús: *“Señor, tu amigo querido está enfermo”* (Jn 11, 3) (aquella plegaria tan discreta y confiada; no le piden nada; le informan, y esperan). Los discípulos se inquietan ante el peligro de volver a Judea: *Después dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. Los*



discípulos le dijeron: Maestro, hace poco los judíos de esa región trataron de matarte a pedradas, ¿y otra vez quieres ir allá?...Entonces Tomás, al que llamaban el Gemelo, dijo a los otros discípulos: Vamos también nosotros, para morir con él” (Jn 11, 7 – 8. 16).

No se trata, fijémonos bien, de una palabra de fe, sino de desconfianza. Tomás tiene ánimos, pero sólo para morir; no sabe lo que es la confianza. Se trata del mismo pesimismo que le hará rechazar con tanta energía el anuncio de la Resurrección.

Otro diálogo. Jesús dice: *“Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar. Ustedes saben el camino que lleva a donde yo voy. Tomás le dijo a Jesús: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?. Jesús le contestó: Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 3 – 6).* Respuesta misteriosa ante la cual Tomás se quedó todavía más a oscuras y seguramente rezongó para sus adentros. Y sobre todo, la prodigiosa cabezonada final: *“Si no veo en sus manos las heridas de los clavos, y si no meto mi dedo en ellas y mi mano en su costado, no lo podré creer” (Jn 20, 25).*

Lo que es más admirable en Tomás, lo que lo hace más hermano nuestro, más contemporáneo, es ante todo la violencia de su rebelión. Hay algo odioso en las condiciones que pone para creer. Pero claro, es que una dureza tan tremenda no puede venir más que de un sufrimiento terrible. No quiere arriesgarse a esperar, precisamente porque ha tenido que sufrir más que los demás. Tomás es, parece ser, el que más ha sufrido por la Pasión, el que más ha lamentado no haber sabido morir en ella. Y entonces no encontró más que una piedra para descansar su cabeza: la desconfianza. Al menos ella no se hunde, es estable. ¡Y no dejará que le quiten fácilmente su desconfianza!

La pasión del hombre moderno consiste en pretender que no cree en nada. El que pretende que ya no tiene esperanza, está esperando dejar de esperar. El que pretende que no cree en nada, cree que no cree en nada. El que afirma que todo es incierto, hace una afirmación que él considera cierta. El que dice que no tiene ilusiones, está lleno de ellas.

Estamos viviendo una época muy hermosa. Nunca jamás ha habido tan poca fe, nunca jamás se ha creído tan poco, nunca han sido los hombres tan ateos, tan desesperados, tan negativos. Pero tampoco ha habido nunca una época en



la que se haya sufrido tanto por no tener fe, en que se haya tomado tan en serio la trágica condición humana.

Sufrir por no amar a alguien, es la prueba del verdadero amor. Sufrir por no poder creer, por no poder esperar, parece que es la forma de la fe de nuestros tiempos una forma discreta, humilde, trágica, desgarradora, pero sincera, leal, pura...

El Señor amaba a Tomás. Sabía que si se mostraba tan rebelde, era porque había sido muy desdichado.

Entonces Jesús tomó a Tomás, lo apretó contra su pecho y le habló al fondo de su corazón: *"Mete aquí tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado"* (Jn 20, 27). Y Tomás quedó totalmente desconcertado porque nunca jamás había podido imaginarse que semejante deseo pudiese ser escuchado.

Tomás metió sus dedos por las llagas luminosas. Encontró la forma viva de los clavos, la forma viva de la lanza, la prueba viva de todo aquel amor con que él, Tomás, había sido amado. Tocó, palpó, penetró... y se puso a llorar delante de su Señor y su Dios.

El tenía que haber creído a los demás. Al negarse a ello, no había hecho más que mortificarse, martirizarse, situarse en una postura de espera que le atormentaría el alma. Estaba muriendo a la vez de deseo y de miedo de creer.

Al mostrarse escéptico y hastiado, se había portado como un niño caprichoso que con sus exigencias presiona sobre una bondad de la que está demasiado seguro. Cuando decía que quería ver y tocar, cuando se resistía huraño y desconfiado, lo hacía menos por necesidad de pruebas que por hambre de ternura, de cariño, de halagos y de mimos.

Pero por haber penetrado de esta manera en la intimidad de Jesús, por haber visto que Jesús le revelaba hasta dónde había llegado su amor, por haber conocido *...cuán ancho, largo, alto y profundo es el amor de Cristo*" (Ef 3, 18) que supera todo conocimiento, Tomás se vio transportado a una altura adonde nunca había llegado nadie. Deslumbrado, aplastado, cayó de rodillas y dijo: *"¡Mi Señor y mi Dios!"* (Jn 20, 28). Fue el primero que llegó con su fe hasta este punto; ningún apóstol le había dicho antes a Jesús: "¡Dios mío!". De



aquel pobre Tomás, vacilante y violento, Jesús ha sacado el acto de fe más hermoso del Evangelio.

6. APARICIÓN A SAN PABLO (Hech 9, 1 – 19)

La quinta estación de gozo es la aparición de Jesús resucitado a Saulo.

Saulo es lo contrario de santo Tomás: Tomás creía que no creía; Saulo era peor: creía que creía.

Seguro de sí mismo, orgulloso de su religión tradicional aborrece toda innovación. Es el horrible Conservador.

Hijo de hebreos, Saulo de Tarso había sido educado dentro de la más pura mentalidad judía. Había hecho sus estudios en Jerusalén, junto al más célebre teólogo de la época, Gamaliel. Miembro de la secta de los fariseos, de una escrupulosa fidelidad a todas las prescripciones de la ley, Saulo estaba convencido de que poseía la verdadera fe en el verdadero Dios... Por eso, cuando el Hijo de Dios apareció en este mundo, Saulo quedó profundamente escandalizado. ¿Un Dios que se hace hombre, que se fatiga y trabaja, un Dios que sufre y que muere con la muerte de los criminales? ¡Era absurdo! Saulo tenía sus ideas sobre Dios, y la persona de Jesús no podía compaginarse con la doctrina ortodoxa que él, Saulo, conocía tan bien. Indignado ante una herejía tan degradante, apenas conoció a Jesús en la persona de los primeros discípulos, lo persiguió con rencor. Durante el martirio de san Esteban, estaba allí, guardando los vestidos de los lapidadores y aprobando esta ejecución. Más tarde lo vemos yendo a la caza de los cristianos, buscándolos de casa en casa para arrestar a hombres, mujeres y niños, y encerrarles en prisión.

"Saulo no dejaba de amenazar de muerte..." (Hech 9, 1). Es el fruto del fanatismo. La clase de culto que reclamaba aquel Dios en que Saulo creía. Demasiado seguro de haber comprendido y definido a aquel Dios a quien servía, Saulo no se preocupa de escucharlo. Por eso va a obrar por sí mismo, creyendo que obra por Dios. Su celo, en esta situación, aumenta su agresividad. A Tomás lo convirtió el Señor estrechándolo entre sus brazos. Pero Saulo necesitará un buen mazazo para que se pudiera detener. Tuvo que esperar una ocasión el Señor.



En plena carrera apostólica, Pablo fue derribado, echado por tierra, cegado y deslumbrado y, como los discípulos de Emaús, desde que reconoció al Señor, sintió mayor necesidad de verlo.

En una sola frase, en un relámpago, aprendió y comprendió toda la religión cristiana: *"Yo soy Jesús, el mismo a quien estás persiguiendo"* (Hech 9, 5). Se dio cuenta de la encarnación, de la identificación permanente y definitiva de Jesús con sus discípulos, de la realidad del cuerpo místico de Cristo, cuyo heraldo será más adelante; de la Buena Nueva de la presencia continua y viviente de Dios entre nosotros, de que El nos ama hasta sufrir por nosotros.

En primer lugar, Dios lo llamó por su nombre: Saulo. ¡Dios lo conocía a él, a Saulo! Dios se interesaba personalmente por él. Dios lo buscaba, tenía necesidad de él; Dios no era feliz sin él. Saulo se dio cuenta de que Dios no era solamente una doctrina que se estudiaba y que se imponía, ni tampoco un ser supremo, infinitamente elevado, impasible e inaccesible: Dios estaba sobre la tierra, Dios vivía entre nosotros, y no era posible desconocerlo sin ofenderle.

La visión de Saulo fue la revelación del terrible poder que Dios le había dado sobre El. Todo lo que Saulo había hecho sufrir a los cristianos, lo había padecido Cristo. Cristo se había entregado a Saulo, se había puesto a su disposición, entregado en sus manos, sin defensa. Y a partir de aquel momento Saulo comprendió su vocación; su camino estaba abierto; sabía ya lo que iba a llenar su vida entera. Todo el poder que tenía sobre Dios y que había usado para perseguirlo, lo emplearía en adelante en honrarle, servirle y alegrarle.

7. MARÍA (Lc 1, 26 – 38)

La sexta estación de gozo la encontramos contemplando a María.

¿Cómo hacer un retrato del gozo, sin hablar de la bienaventurada Virgen María, la virgen de las bienaventuranzas? *"Feliz tú, porque has creído..."*, le expresó su prima Isabel en el momento de la Visitación (Lc 1, 45). *"Feliz los que creen..."*, le dijo el Señor a Tomás (Jn 20, 29)

María tuvo una aparición en su vida, una sola: la Anunciación; y esta aparición le bastó para siempre.



Los exegetas "piadosos" suponen, a pesar del silencio de los evangelistas, una aparición de Jesucristo resucitado a su madre. Pero con ello faltan más a la fidelidad y al respeto a María que al Evangelio.

Las apariciones de Jesús despiertan y educan la fe de los apóstoles. Pero a la fe de María no le hacían falta. La anunciación la dispensó para siempre de nuevas apariciones. ¿Cómo es posible que aquella a la que su prima Isabel, en la aurora de la salvación, saludaba: "*Dichosa tú por haber creído...*" (Lc 2, 45), no hubiese merecido plenamente la bienaventuranza final: "*¡Dichosos los que creen sin haber visto!*" (Jn 20, 29)?

Se ha dicho que la fe es permanecer fiel en las tinieblas a aquello que se ha visto en la luz. María escuchó tan bien la palabra del Ángel que la guardó toda su vida, se alimentó de ella toda su vida, creyó siempre, con toda su alma, que Dios salvaría a su pueblo, que su reino no tendría fin, que para Dios todo es posible.

María fue la única a la que la muerte de Cristo no desalentó; o mejor dicho, ya que esto es poco, a la que la muerte de Cristo no separó de El.

De igual manera que en la Anunciación hubo un tiempo en que Ella sola fue toda la Iglesia recibiendo a Cristo en la fe; también en su muerte Ella fue toda la Iglesia recogiendo en su fe. María fue en la muerte de Jesús la única lámpara del santuario; su fe no se extinguió jamás; fue el único tabernáculo que no se convirtió en sepulcro.

Durante la pasión y la muerte de Jesús, la Virgen sufrió tanto como puede humanamente sufrirse, pero conservando intacta su fe, su esperanza, su confianza total en el Padre.

Ella recordaba las promesas del Ángel, la historia del pueblo escogido, las profecías, y si su cumplimiento en su hijo Jesús la consumía de dolor, la fortificaba igualmente en la fe. Al pie de la Cruz, con todas las fibras de su ser afectadas por el dolor, estaba también animada de una intensidad de fe y de esperanza tan grande que, cuando más tarde, antes que los demás apóstoles, ella se elevó al gozo de la Resurrección, con seguridad sintió profundamente que lo que ella había sabido no había cambiado jamás.

Después de la muerte en el Calvario, sepultó el cuerpo ultrajado de su Hijo con la piedad y la ternura, con el respeto infinito con que siempre lo había



cuidado, desde que, joven madre, tuvo en sus manos el cuerpo confiado y frágil de un niño. Pero ella lo sentía tan presente en sí misma, que tuvo la impresión de que se lo llevaba consigo en vez de abandonarlo en el sepulcro, muy lejos de aquella desconfianza de María Magdalena cuando creía que le habían robado el cuerpo de su Señor. Jesús podía dejar de vivir en su propio cuerpo, pero no en el corazón de su Madre.

Jesús salió del sepulcro al tercer día, no para consolar a su madre, ella no lo necesitaba pues estaba llena de gozo y de satisfacción, sino para encaminar a los demás adonde María los esperaba en silencio.

¡También José había encontrado antes a María en el silencio y en el gozo!

Y cuando los que habían obtenido el beneficio de una aparición corrieron llenos de gozo adonde María para anunciarle la Buena Nueva, con seguridad comprendieron enseguida que ella ya lo sabía. Todos pudieron medir su fe, encontrar de nuevo su fe, en la fe de María. Todos aprendieron a conocerla de verdad, comparándose con ella.

Se puede afirmar sin mucha dubitación que fue precisamente aquel el momento en que se comenzó a comprender el puesto de María en la Iglesia. Todos vinieron poco a poco a agruparse a su lado: se encontraban a gusto con ella; se sentían comprendidos por ella. Y, desde luego, fue natural que durante los diez días que transcurrieron entre la Ascensión y Pentecostés, no se separasen de María. Se sentían bien junto a ella, allí encontraban un refugio, allí encontraban un lugar de fe, allí encontraban a la Iglesia.

Y ella hizo todo esto sin decir una palabra. Una auténtica presencia de Dios se siente y se comunica sin tener que decir nada. La reina de los apóstoles no predicó nunca. Durante treinta años vivió en su hogar con tanto respeto y amor, que la salvación del mundo salió de aquella casa. Ella creyó que en su existencia había algo sagrado, algo divino, y lo rodeó de una fidelidad tan perseverante, de una fe tan total, que aquello comenzó a crecer, a desarrollarse, a madurar en el seno de su hogar, para salir de allí un día a salvar al mundo.